

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	5 El Espíritu Santo
<i>Walter Kasper</i>	6 El Espíritu da la vida
<i>Michael Figura</i>	17 El Espíritu Santo y la Iglesia
<i>Paul Mc Partlan</i>	31 El Espíritu Santo y la Confirmación
<i>Alberto Espezel</i>	42 Iglesia, Eucaristía y Espíritu Santo
<i>Víctor Fernández</i>	48 La renovación pentecostal y los carismas
<i>Virginia R. Azcuy</i>	66 El viento sopla donde quiere...
<i>Dom Robert Le Gall O.S.B.</i>	80 Dos himnos al Espíritu Santo: El <i>Veni Creator Spiritus</i> y el <i>Veni Sancte Spiritus</i>
<i>Olegario González de Cardedal</i>	96 Testimonio: Estaciones de un camino

Testimonio. Estaciones de un camino

*por Olegario González de Cardedal**

Eminentísimo Señor Cardenal,
Querido amigo:

Hoy, durante la ceremonia en Roma, yo difícilmente voy a poder concentrar la atención en lo que allí ocurra: el otorgamiento de la confianza y de la responsabilidad por parte de Santo Padre al arzobispo de Madrid, integrándolo en el gobierno de la Iglesia de forma más cercana, a la vez que confiriéndole la tarea de elegir junto con los demás cardenales a su sucesor en la sede de Roma, sellada con la sangre de los mártires Pedro y Pablo y, por ello, centro de la comunión cristiana y de la unidad católica. Allí estará siendo creado un cardenal, en la esperanza de que sea un "quicio" de la Iglesia, para que con su ayuda se pueda enclavar la fe de manera más profunda y, en torno a él, puedan girar las puertas de la Iglesia, abriéndose al Misterio y abriéndose al Mundo.

Probablemente, me voy a distraer. ¿Cómo unir la identidad del nuevo cardenal a la del amigo estudiante, del compañero profesor, del hermano solidario de tantos empeños comunes en Iglesia, en universidad, en empresas históricas de nuestra Nación? La mirada interior se me volverá a las aulas de la Universidad de Munich, a la Staatsbibliothek, al Angerkloster y a todos los nombres de viejos compañeros de aulas a la sombra de los grandes maestros: Schmaus, Mörsdorf, Pascher, Söhngen, Kuss, Rahner, Guardini... y tantos otros. Los maestros ya nos acompañarán con la sonrisa «beatífica» al ver los frutos de sus esfuerzos, si no en el orden de la ciencia en sentido estricto, sí en el orden de la sabiduría, de la vida, del Evangelio predicado, acreditado y defendido.

Pero, sobre todo, vendrán a mi memoria los años de aterrizaje: tú en Mondoñedo y yo en Ávila, mientras auscultábamos de lejos la última sesión conciliar. Yo no había estado en Mondoñedo hasta aquella semana de la Inmaculada de 1965, por más lector que hubiera sido de A. de Guevara y de A. Cunqueiro. Luego, tú retornaste de profesor a Munich y a mí llevó el Tormes, desde las cumbres de Gredos en que ambos nacimos y seguimos naciendo, hasta Salamanca. ¿Cómo recordar y cómo olvidar aquellos años siendo Fernando Sebastián rector, tú vicerrector y yo decano de Teología? Iglesia, cultura, política, mundo, libros, amigos, compañías y campañas, reconciliación y constitución...

Entretanto, la patria germana congregaba cada verano en Alemania a los jóvenes, ellas y ellos, que de Galicia o de Lastra del Cano iban en torno nues-

* Olegario González de Cardedal, del diario ABC. España, 21 de febrero de 1998.

tro. La Siemens, la Bundesbahn y otras empresas les daban trabajo. Ellos limpiaban cristales y porteaban paquetes para luego seguir estudiando en la Universidad con los marcos ahorrados. Jóvenes generaciones que difícilmente se crearán que aquel profesor cordial, generoso y eficaz en la gestión, que invitaba a helados en la Mosesbrunnen o a cerveza en la Marienplatz, es hoy el eminentísimo señor cardenal Rouco Varela.

Los de Lastra del Cano quizá ya no se atrevan a saludarte y preferirían que volvieras como en septiembre pasado a celebrar la fiesta de la Virgen con ellos. Allí entre las dulzainas y la procesión, refrescos y alfajores, reconocían con gozo al amigo ya arzobispo como uno de los suyos, a la vez que maestro de la fe y animador de la esperanza. ¿Tendrás ya tiempo para la cena anual con esa «comunidad» tuya, con la que durante estos años te reunías?

Si hasta ahora todo eran recuerdos que me nublarán los ojos para percatarme del instante en la Basílica de San Pedro, un momento llegará en que los empañarán las lágrimas. El gozo de las presencias no podrá evitar el recuerdo de las ausencias. La Schwester Gerwina, nuestro cuidado y luz en Munich, en su avanzada edad tendrá un rosario entre las manos, yendo de la cama a la mesilla, e invocará con inmenso gozo la potencia y el espíritu del Señor sobre tí. Al saber que eres cardenal, sin duda, pensará que ya puede morir en paz. Otra persona hubiera sido feliz aun cuando no habría entendido mucho: mi madre, la señora Polonia, como tú decías, que te acompañó el día 25 de julio de 1964 en la Universidad de Munich, al ser ambos investidos doctores. Hoy hubiera pensado que esto de Roma era como aquello, sólo que con más gente y el Papa en medio. Hubiera sido feliz y desde el lugar cercano a Dios sonreirá viendo cómo, según sus palabras, has medrado. Y será motivo de acrecentamiento para su alegría eterna.

Otros glosarán otras fases y dimensiones de tu vida. Déjame que yo hoy te recuerde que en tu diócesis de Madrid tienes emigrados a casi todos mis paisanos de Gredos, creyentes y buenas personas, que recordarán tu presencia en su pueblo, y que se animarán a ser mejores cristianos, al saber que los preside en la fe y en la caridad alguien con quien comieron y bebieron en su aldea. Porque ellos y sus hijos quieren arraigar en nueva tierra de historia y de Iglesia la fe que recibieron en herencia. Que seas tú su pastor, dando continuidad a su fe de la pequeña aldea en la gran ciudad, será un motivo para animarse en el camino de mayor bondad humana y de mejor fidelidad cristiana.

Querido Antonio, perdona esta distracción mía que me impedirá sentir el brillo de la ceremonia, la grandiosidad del acto, la abigarrada diferencia de gentes y colores, venidas para acompañar a los nuevos cardenales desde todos los puntos de la Iglesia. Pasado todo esto, en las próximas semanas, cuando vayas de Madrid a Villalba, tu patria en Lugo, párate en Salamanca. Yo sigo allí, y nos podremos acercar a Gredos, subir al Almanzor, acampar en la Laguna Negra o en las cinco lagunas. Desde allí se ven mejor las estrellas, el silencio y la palabra de Dios son más hondos, la luz más pura; y al bajar de la altura uno tiene los ojos más luminosos para mirar el mundo y el corazón más generoso para encontrarse con los hombres.

Un abrazo de tu fraternal amigo, perdón: besa el anillo del Señor Cardenal su seguro servidor.